

BELLA FORREST

La Sombra del Vampiro



CROSS
BOOKS

Él vivía en las tinieblas. Ella le trajo la luz.

BELLA FORREST

La Sombra
del
Vampiro



CROSS
BOOKS

CROSSBOOKS, 2020
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *A Shade of vampire*
© del texto: Bella Forrest, 2012, 2015
© de la traducción: Bella Forrest, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: noviembre de 2020
ISBN: 978-84-08-23452-4
Depósito legal: B. 17.773-2020
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sofía

«Ahora no. Por favor, ahora no.»

Miré el reloj. Faltaban unos minutos para que empezara el partido de fútbol. Los gritos de ánimo estallaron en las gradas. Era el partido que Ben y su equipo llevaban meses esperando. No podía convertirme en una distracción.

Traté de controlar mi respiración, aunque el corazón se me aceleraba. La sangre se me agolpó en las mejillas.

Creía que iba a ser capaz de aguantar ante la multitud. Ya había asistido a varios partidos ese año y lo había superado. Pero, ahora que estaba sentada allí, lo único que quería era correr.

El ruido a mi alrededor era ensordecedor: los vítores, la música, el estrépito de pisadas. Todo ello resonaba al instante dentro de mi cabeza. El olor dulce y enfermizo de las palomitas de caramelo de Abigail Hudson me llenaba la nariz, mezclado con el tufo ácido de sus patatas con sabor a vinagre. Sentir su hombro frotándose contra el mío me hacía sentir claustrofobia. Y, como estábamos sentados en la primera fila, las luces brillaban el doble.

Las palmas de las manos me sudaban cuando las juntaba.
—¿Estás bien, Sofía?

Amelia, la madre de Ben, me miró con preocupación. Sabía que las multitudes me producían ansiedad. Forcé una sonrisa y asentí con la cabeza.

—Estoy bien.

Miré hacia el campo y, cuando mis ojos encontraron a Ben, me obligué a contemplarlo fijamente. Intenté bloquear los estímulos que me sobrepasaban y centrarme en él. Mi guapo mejor amigo. Alto y musculoso, con su mandíbula prominente, sus ojos azul claro... Normalmente, tenía que buscar excusas para observarlo a hurtadillas en casa y en el instituto, pero en aquel momento descubrí que apenas lo veía, y una duda molesta se abría paso en mi mente. Una duda que creía haber superado ya.

«Nadie más en el estadio tiene problemas. No es normal sentirse así.

»Quizá me esté volviendo loca, como mi madre.»

—¿Seguro que te encuentras bien, Sofía? —Esta vez era Lyle, el padre de Ben, quien me miraba desde su asiento, situado a unos pocos pasos.

Me mordí el labio y asentí bruscamente con la cabeza, deseando que lo dejara correr. Todavía no entendían que preguntarme si estaba bien nunca ayudaba a solucionar la situación. En absoluto.

Cuando el pitido del silbato rompió la vorágine de sensaciones en las que ya me estaba ahogando, mi resolución de no derrumbarme se desintegró.

Todo lo que podía hacer para dejar de temblar era esconder la cabeza entre las rodillas.

Pensaba en mi madre, que me había causado los ataques de pánico y los demás problemas mentales con los que había aprendido a convivir. Pensaba en esos ojos verdes y en la última vez que recordaba haberla visto. Creía que mi destino era acabar como ella. Lo inevitable de la idea hizo que me

precipitara en una espiral descendente. Todo pensamiento racional desapareció y la duda espeluznante se reproducía una y otra vez en mi cabeza.

Sentí que unas manos me tocaban los hombros.

—Sofía. —Era Amelia.

Aún más estímulos que soportar: su voz y el tacto de sus manos.

Intentó sentarme derecha en el asiento, pero me negué. Me deslicé y me arrodillé en el suelo. Sentía la humillación y deseaba desaparecer.

—Sofía. —Esta vez me llamaba una voz diferente.

Una profunda y masculina.

La de Benjamin Hudson.

Solo su voz destacando entre la ofensiva de ruidos podría haber captado mi atención en el estado en el que me encontraba. Levanté los ojos y lo vi corriendo hacia mí, con el balón bajo un brazo y la preocupación pintada en la cara. La culpa me atravesó.

—No, Ben —dije en voz baja—. Vuelve al partido.

Recorrió la distancia que quedaba entre nosotros y, sujetándome por los hombros, me obligó a mirarlo de cerca a la cara. A pesar de mi ansiedad, cuando me tocó no pude evitar sentir un cosquilleo bajándome por la columna.

Por encima de su hombro vi que todos los jugadores se habían detenido y miraban fijamente a Ben con frustración y sorpresa, al descubrir que su capitán simplemente abandonaba el campo con el balón. Los abucheos y las voces de protesta arreciaron en las gradas.

A pesar de la culpa, mi cuerpo todavía se estremecía, y sentía que un velo de pánico se cernía sobre mí. Me tomó la barbilla y me obligó a mirarlo de nuevo.

—Siéntate. —Su voz sonó firme mientras se arrodillaba y colocaba el balón entre sus rodillas.

Me sentí incapaz de controlar mis extremidades.

—No puedo —susurré.

Frunció el ceño, y una mirada de profunda desaprobación ensombreció sus bellas facciones. Su cara estaba ahora a unos centímetros de la mía, y sus ojos azules me miraban con dureza.

—Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti misma de que eres la víctima, Sofía Claremont.

Casi en cuanto Ben pronunció estas palabras (que me había dicho muchas veces antes), una oleada de alivio me invadió. Sus fuertes manos me agarraron por los codos mientras me levantaba y me devolvía a mi asiento.

—Te pondrás bien —declaró con voz todavía firme.

Asentí con la cabeza y dejé escapar un profundo suspiro, noté cómo mis hombros empezaban a relajarse y sentí los músculos menos tensos y el pecho más ligero.

Los abucheos rebotaban por todo el estadio y a cada segundo eran más fuertes. Los compañeros de equipo de Ben estaban llamándolo a gritos y habían empezado a correr hacia él.

—Vete —dije, empujándolo.

Una sonrisa le iluminó la cara mientras me apretaba la mano y depositaba un beso en mi frente. Un gesto que liberó una docena de mariposas en mi estómago.

Me lanzó una última mirada antes de volverse y regresar al campo.

Recorrió con la vista las gradas que lo abucheaban, caminó hacia el centro y levantó la mano derecha, lanzando el puño al aire como una estrella de *rock*.

—¡Los amigos van antes que el fútbol! —rugió.

Los abucheos se convirtieron en silbidos de aprobación. Sentí cómo el calor me subía por las mejillas mientras cientos de ojos se fijaban en mí.

Solté una risita.

«Ben siempre sabe cómo ganarse a una multitud. O a cualquiera, en realidad...»

—¿Ya estás bien, Sofía?

Me volví para mirar a Abigail, de cinco años, de pie a mi lado, con sus enormes ojos azules de bebé abiertos con preocupación. Sonreí y la besé en la mejilla.

—Estoy bien, Abby —susurré, sin querer atraer más atención sobre mí.

—¿Quieres palomitas? —Su coleta rubia se movió hacia un lado cuando extendió una mano pegajosa que contenía una sola palomita de maíz.

—No, gracias. Vuelve a sentarte con tu mamá.

Lyle y Amelia ya habían regresado a sus asientos y ambos miraban el partido como si nada hubiera sucedido.

Cuando Abby se colocó junto a su madre, me recliné en mi asiento, respirando despacio. Al oír el silbato por segunda vez, fijé los ojos en el campo y vi cómo se reanudaba el juego. Seguí a Ben por todo el campo; gracias a su físico portentoso sobrepasó con facilidad a dos jugadores que lo perseguían. También tenía a su favor ser uno de los más altos.

El fútbol nunca fue mi deporte favorito. Lo veía por Ben, ya que formaba parte del equipo de nuestro instituto. Después de unos cinco minutos de intentar concentrarme y seguir lo que estaba ocurriendo, me distraje con mis propios pensamientos. Lo que acababa de ocurrir se reproducía en mi mente.

Los problemas me habían atormentado durante años. La insoportable hipersensibilidad a los estímulos externos y los ataques de ansiedad. Había visitado a innumerables médicos y psiquiatras. Aunque no se ponían de acuerdo a la hora de decidir cuál era realmente el problema principal (cada uno tenía una teoría diferente, que variaban desde el Asper-

ger hasta un trastorno obsesivo-compulsivo), todos habían concluido que ambos trastornos estaban relacionados.

Fue Ben, con la sabiduría de sus doce años, quien descubrió lo que ellos no pudieron.

Sonreí al recordar aquel día. Sucedió en un partido, muy parecido a este. La única diferencia era que Ben estaba en las gradas con nosotros. La multitud había desencadenado mi espiral de pensamientos negativos, igual que hoy. Cuando me hundí en un ataque, Amelia y Lyle dijeron que tendríamos que marcharnos para llevarme al hospital. Profundamente decepcionado por irse antes de que el partido de su equipo favorito comenzara, Ben me había sujetado por los hombros, lleno de frustración, y me había sacudido. Y había pronunciado estas palabras:

—Reconozco una excusa cuando la oigo. No te atrevas a engañarte convenciéndote a ti misma de que eres la víctima, Sofía Claremont.

No estaba segura de dónde las había sacado, quizá de una película o de un libro. Pero habían hecho mella en mí.

«No estaba haciéndome la víctima», pensé. Mis preocupaciones eran auténticas. Después de todo lo que había ocurrido con mi madre, tenía derecho a sentirme así. Pero la verdad es que sus palabras funcionaron. Traspasaron mi ser y me sacaron del ataque. Ben acababa de descubrir la clave para solucionar mis problemas de ansiedad.

Él, con sus doce años repletos de frustración, no podía imaginar cuánto influirían esas frases en mi vida.

En cuanto a mis problemas sensoriales, hasta hoy no hemos descubierto a qué se deben. Amelia y Lyle renunciaron a llevarme a más médicos y psiquiatras, ya que todos se contradecían entre sí.

Pero la verdad era que yo podía controlar el problema, fuera cual fuese su origen. Era difícil, a veces abrumador,

pero era capaz de luchar y ganar. Solo cuando me dejaba engullir por la autocompasión pensando en mi madre me perdía por completo.

Me sentí decepcionada por haberme permitido sucumbir a la ansiedad una vez más. En un momento de pánico, había olvidado cómo superaba siempre los baches. Había intentado enseñarme a mí misma a evitar estos ataques, porque no podía contar con que Ben estuviera siempre cerca. Y me asustaba lo mucho que lo necesitaba. Ben Hudson. Mi mejor amigo. Me gustaba crearme independiente, pero, si soy sincera, a veces no podía imaginar mi vida sin él.

Un golpecito en el hombro me sacó de mis pensamientos. Una chica de piernas largas con pelo rizado y negro se inclinó sobre mí.

—Así que eres la novia de Ben.

El pensamiento me ruborizó.

—No —dije, negando con la cabeza—. En realidad solo somos amigos.

—Bien. —Me lanzó una sonrisa rígida y volvió a su asiento en la fila siguiente a la nuestra.

Sus ojos se concentraron de nuevo en el campo, probablemente en Ben, como si yo no existiera.

Volví a mirar a mi amigo. Los gritos y chillidos habían estallado en oleadas por nuestro lado de las gradas. Su equipo acababa de marcar. Dos chicos alzaron a Ben mientras él levantaba los brazos al aire. Sus ojos estaban fijos en mí y volví a sentir escalofríos. Sonreí, sintiéndome culpable por haberme perdido el gol.

Me volví para mirar a la chica que estaba sentada detrás de mí, que se comía a Ben con los ojos mientras saltaba arriba y abajo y gritaba su nombre.

La emoción y el temor se abrieron paso en mi mente mientras imaginaba cuál podía haber sido mi respuesta a su

pregunta si me la hubiera formulado unos días después. Los Hudson y yo nos íbamos al día siguiente de vacaciones a Cancún durante dos semanas. Ya había planeado que el primer día, nada más llegar, daría un paseo por la playa con él y le diría por fin lo que había guardado para mí todo este tiempo... si era capaz de armarme de valor.